

LA PROTECCIÓN DE LA AMAZONIA Y DE SUS PUEBLOS ORIGINARIOS

Este artículo presenta la protección de la región amazónica y sus pueblos nativos como un gran desafío para nuestro tiempo. El autor establece una fuerte conexión entre la crisis actual asociada con el cambio climático y la destrucción de ecosistemas en todo el mundo, en particular de la biodiversidad, con el problema histórico lastrado desde siglos de afirmar y defender los derechos humanos fundamentales de los pueblos nativos supervivientes del Amazonas.

La grave y urgente crisis climática y ecológica, que hoy desafía a la sociedad global, ha situado en el centro de sus preocupaciones la protección de la Amazonia. Unida ineludiblemente con esta cuestión, se replantea la histórica cuestión de la defensa de los derechos de sus pueblos originarios.

La Amazonia es un vasto territorio de selva tropical, compartido por 9 países: Brasil, Perú, Bolivia, Colombia, Ecuador, Venezuela, Guyana, Surinam y Guayana Francesa. La mayor parte pertenece a Brasil: el 67%. El conjunto es también llamado Panamazonia. Suma 7,8 millones de km² de superficie, 34 millones de habitantes, de los cuales cerca de 2 millones 800 mil son indígenas. Estos están formados por 390 pueblos, de los cuales 137 no son contactados, y suman 240 lenguas habladas pertenecientes a 49 familias lingüísticas.

* El cardenal CLAUDIO HUMMES, OFM, es arzobispo emérito de São Paulo y prefecto emérito de la Congregación para el Clero. Actualmente es el presidente de la REPAM (Red Eclesial Panamazónica).

Correo electrónico: Claudio.hummes@terra.com.br

En la Amazonia, el agua de los ríos cuida del bosque y este cuida del agua. Simple, pero esencial. Los indígenas son los guardianes milenarios de este sistema y de él disfrutaban sabiamente. Pero, desde la llegada de los colonizadores europeos, esta historia ha sido atropellada, los pueblos originarios perseguidos, cazados, esclavizados, expropiados de sus territorios, marginados y no respetados en sus derechos más fundamentales. Pueblos enteros fueron masacrados, diezmados y exterminados. Relativamente pocos sobrevivieron. La naturaleza, a su vez, fue agredida y el bosque comenzó a ser talado. El resultado hoy presenta inmensas áreas devastadas y degradadas, cerca del 20% de la selva tropical originaria destruida, una población indígena sobreviviente reducida, generalmente, a una situación de gran abandono por parte del poder público, empobrecida, marginada, rechazada, sin esperanzas reales, sin posibilidad de sueños de futuro a largo plazo. El gobierno instituyó, sin embargo, algunas tierras demarcadas para los pueblos indígenas, pero hasta ahora obviamente insuficientes. Uno de los frutos de las tierras demarcadas es un nuevo crecimiento poblacional de los pueblos indígenas, aunque todavía lento e inseguro.

En el contexto de la actual crisis global, climática y ecológica, se destacan dos acontecimientos recientes: la encíclica *Laudato si'* (LS) del papa Francisco en mayo de 2015 y, siete meses después, el Acuerdo Climático de París.

Laudato si' habla del planeta Tierra como de «nuestra casa común». Con esta expresión alude ya a una ecología integral que reconoce la creación como una realidad en la que «todo está conectado». La humanidad debe «cuidar» de esta casa común.

En esta «casa común», en grave riesgo climático y ecológico, la Amazonia, junto con otros ecosistemas, ocupa un lugar insustituible, un territorio de importancia determinante para el futuro del planeta. El papa Francisco lo dice en LS: «Mencionemos, por ejemplo, esos pulmones del planeta repletos de biodiversidad que son la Amazonia y la cuenca fluvial del Congo, o los grandes acuíferos y los glaciares. No se ignora la importancia de esos lugares para la totalidad del planeta y para el futuro de la humanidad. Los ecosistemas de las selvas tropicales tienen una biodiversidad con una enorme

complejidad, casi imposible de reconocer integralmente, pero cuando esas selvas son quemadas o arrasadas para desarrollar cultivos, en pocos años se pierden innumerables especies, cuando no se convierten en áridos desiertos» (LS 38).

Aun así, afirma el Papa: «Cuando se analiza el impacto ambiental de algún emprendimiento, se suele atender a los efectos en el suelo, en el agua y en el aire, pero no siempre se incluye un estudio cuidadoso sobre el impacto en la biodiversidad, como si la pérdida de algunas especies o de grupos animales o vegetales fuera algo de poca relevancia» (LS 35). Este descuido se origina por la «negligencia egoísta» de obtener «beneficios económicos rápidos y fáciles» (LS 36). «Las carreteras, los nuevos cultivos, los alambrados, los embalses y otras construcciones van tomando posesión de los hábitats y a veces los fragmentan de tal manera que las poblaciones de animales ya no pueden migrar ni desplazarse libremente, de modo que algunas especies entran en riesgo de extinción. Existen alternativas que al menos mitigan el impacto de estas obras» (LS 35). Sabemos que en todo el planeta se está produciendo una creciente pérdida de biodiversidad que provocará un enorme impacto nocivo en la vida de las generaciones humanas futuras. La Amazonia presenta aún una riquísima biodiversidad, pero ¿hasta cuándo?

La Amazonia está siendo destruida y degradada hoy sobre todo por una deforestación brutal e incesante para el aprovechamiento de sus ricas maderas, para la minería, la agricultura y la actividad agropecuaria, con fines de exportación.

La inmensidad singular de sus aguas (ríos, lagos e igarapés) es otra característica del territorio. La cuenca amazónica constituye la mayor cuenca hidrográfica del mundo. Pero sus aguas hoy están todavía más amenazadas por la deforestación, la minería y la producción agrícola a gran escala. La ciencia demuestra que la deforestación origina un descenso constante del volumen de agua, sea por la disminución pluviométrica o por la extinción de manantiales y otros factores. Por su parte, los residuos de la minería y los agrotóxicos contaminan gravemente las aguas. «El agua potable y limpia representa una cuestión de primera importancia, porque es indispensable para la vida humana y para sostener los ecosistemas terrestres

y acuáticos. Las fuentes de agua dulce abastecen a sectores sanitarios, agropecuarios e industriales. La provisión de agua permaneció relativamente constante durante mucho tiempo, pero ahora en muchos lugares la demanda supera a la oferta sostenible, con graves consecuencias a corto y largo término [...]. Un problema particularmente serio es el de la calidad del agua disponible para los pobres, que diariamente siega muchas vidas» (LS, 28 y 29). «El acceso al agua potable y segura es un derecho humano básico, fundamental y universal, porque determina la sobrevivencia de las personas, y por lo tanto es condición para el ejercicio de los demás derechos humanos» (LS 30).

Además, la selva amazónica ejerce una importante función planetaria en la solución de los problemas climáticos actuales porque combate la acumulación nociva de CO₂ (anhídrido de carbono) en la atmósfera. Este gas es uno de los más intensos factores del calentamiento climático global, a través del efecto invernadero, como fue reconocido por el Acuerdo Climático de París. La excesiva acumulación actual de CO₂ en la atmósfera proviene principalmente del uso de materiales fósiles (petróleo, carbón mineral, gas natural) para producir energía.

La Iglesia no puede quedarse ajena a estos graves y urgentes problemas. Son urgentes, aunque todavía hay tiempo para revertir la situación. Pero será necesario que los países se unan en este esfuerzo y comiencen ya. En la COP21, de París, el entonces ministro de Exteriores de Francia, coordinadora del evento, Laurent Fabius, expresó bien esta urgencia diciendo: «Plus tard, trop tard» (Más tarde, demasiado tarde).

En la Amazonia, la Iglesia pretende prioritariamente la protección de la población local, especialmente de los pueblos indígenas y otras capas populares empobrecidas y no respetadas en sus derechos fundamentales, como ribereños y habitantes de las periferias urbanas. Pero la protección de la población implica necesariamente la protección del medio ambiente, la naturaleza, la «casa común». En una visión más amplia, proteger la Amazonia es proteger al planeta y a las generaciones futuras. Representa una inmensa y sabia obra de misericordia que la Iglesia realizará en el nombre de Jesucristo para

el bien del mundo. En verdad, Jesucristo, muerto y resucitado, ya constituye en sí «la nueva creación». En él ya se realiza el anhelo de la creación, expresado por el apóstol Pablo, cuando dice que «la creación entera gime y sufre como en dolores del parto», «con la esperanza de que también sea liberada de la esclavitud de la corrupción para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (Rom 9,20-25). En LS, el papa Francisco afirma: «El fin de la marcha del universo está en la plenitud de Dios, que ya ha sido alcanzada por Cristo resucitado, eje de la maduración universal. Así añadimos un argumento más para rechazar todo dominio despótico e irresponsable del ser humano sobre las demás criaturas. El fin último de las demás criaturas no somos nosotros. Pero todas avanzan, junto con nosotros y a través de nosotros, hacia el término común, que es Dios, en una plenitud trascendente donde Cristo resucitado abraza e ilumina todo. Porque el ser humano, dotado de inteligencia y de amor, y atraído por la plenitud de Cristo, está llamado a reconducir todas las criaturas a su Creador» (LS 83). Por consiguiente, la misión de la Iglesia está totalmente relacionada con esta compleja y amenazada realidad de la Amazonia. La evangelización se ve desafiada a encontrar caminos, y actualmente «caminos nuevos», para esta misión urgente y fascinante. El sínodo especial para la Amazonia, anunciado por el papa Francisco para 2019, tiene como objetivo precisamente buscar «nuevos caminos».

La Iglesia está presente en la Amazonia desde los tiempos coloniales. En Río de Janeiro, durante la Jornada Mundial de la Juventud, en 2013, el papa Francisco, afirmando que la Amazonia es una «prueba decisiva, un banco de pruebas para la Iglesia y la sociedad brasileña», dijo a los obispos brasileños: «La Iglesia está en la Amazonia no como aquellos que tienen las maletas en la mano para partir después de haber explotado todo lo que pudieron. Desde el inicio, la Iglesia está presente en la Amazonia con misioneros, congregaciones religiosas, sacerdotes, laicos y obispos, y allí sigue presente y determinante en el futuro de esa área» (*Discurso del papa Francisco a los obispos de Brasil, Río de Janeiro 2013*).

El próximo Sínodo Especial de los Obispos para la Amazonia, que se celebrará en Roma en octubre de 2019, deberá dar forma a un marco nuevo de la presencia de la Iglesia en la zona, en un esfuerzo

de promover una Iglesia misionera, en salida, misericordiosa, pobre para los pobres, que cuida de la naturaleza, inculturada y con «rostro amazónico», cercana a las comunidades, conviviendo con ellas en lo cotidiano, con mayor presencia de ministros ordenados.

(Traducido del portugués por José Pérez Escobar)